

auxilio que formuló, apresuróse á contestar el emperador, diciendo, sin embargo, que la emperatriz que podía disponer de los Potemkin, Rumjanzoff, los Orloff, los Repnin, etc., no necesitaba verdaderamente de otros apoyos (1).

La celebracion formal de un tratado de alianza entre José y Catalina no pudo realizarse á causa de un hecho fútil, al cual se dió entonces gran importancia. Catalina pedia la alternativa, que consiste, como es sabido, en que cada una de las partes firmase primero uno de los dos ejemplares del convenio. José, como jefe del imperio alemán, creyó no poder consentir en esto, especialmente por lo que á los electores se referia, y al paso que se burlaba casi del fantasma de investidura honorífica que revestia, se negó á firmar formalmente el tratado, en lugar del cual propuso obligarse mutuamente en sus respectivas cartas de manera que estas tuviesen la fuerza de verdadero tratado. José decía que este modo de resolver la cuestion tenia la ventaja de que se podría negar con razon y justicia á las demás potencias la existencia de un tratado entre Austria y Rusia, por mas que este en realidad existiese. Lo que importaba era guardar secreto con Prusia y efectivamente Federico II supo, al parecer, menos que Inglaterra acerca de los convenios entre José y Catalina (2).

De esta suerte se llevó á cabo la alianza, que eclipsó la constelacion política hasta entonces predominante. Prusia, sin verse inmediatamente amenazada, sufrió gran quebranto con esta aproximacion de Catalina al Austria. En el fondo, la alianza iba dirigida contra Turquía; y una segunda carta, entre Catalina y José, vino á ser una especie de artículo secreto, mientras que la primera no fijaba mas que las condiciones generales de la garantía y del mutuo auxilio. José y Catalina armonizaron, en este punto, su conducta respecto de la Puerta, á la cual se proponian hacer la guerra en el caso de que Turquía no se mostrase condescendiente. Este era el fundamento, la sustancia del tratado (3).

No es, pues, de extrañar que Federico II se mostrara intranquilo, tomara informes y preguntara directamente á la emperatriz sobre el asunto. Catalina supo eludir hábilmente la pregunta diciendo al rey que las cartas de José, que tenian la fuerza de instrumentos públicos, estaban cerradas bajo siete llaves en su despacho y no las mostraba á nadie (4).

Federico escribió á principios de 1782, á su sobrino, el duque Carlos de Brunswick: «Paréceme que nos acercamos á una crisis: dentro de poco los diversos elementos tomarán el puesto que, segun su importancia grande ó pequeña, les corresponde. Yo permaneceré tranquilo á ver venir los acontecimientos. Rusia quiere seguramente atacar á Turquía, y piensa nada menos que en firmar la paz en Constantinopla. El emperador se muestra muy codicioso de la Bosnia, Servia y Belgrado y seguirá el impulso de Rusia, etc.» Durante algunos dias creyó Federico que la guerra de Oriente estallaría en el año que entonces comenzaba. «La emperatriz principiará las hostilidades, decía, y el emperador de los avaros—así designaba á José—negociará con los turcos. Yo creo que así sucederá; tengamos, pues, un poco de pacien-

(1) Arneth, *José y Catalina*, pág. 45.

(2) Arneth, *José y Catalina*, pág. 72-90. Ranke, XXXI, 102. Herrmann, VI, 34.

(3) Véase el trabajo de Tratschewsky sobre ese tratado en la *Revista histórica*, 1875, cuaderno 4: el autor se apoya en actas inéditas sobre ese alternado.

(4) Respecto de la conducta de Federico, véase Zinkeisen, VI, 272, 281, 300. Tratschewsky *La alianza de los príncipes y la política alemana de Catalina, de José II y de Federico II*, en el *Correo europeo*, 1875 (ruso), III, 718-720.

cia y podremos presenciar las mas extraordinarias escenas, etc. (5).

José y Catalina estaban unidos y Federico tenia razon para sospechar de las intenciones de ambos.

La emperatriz, en una carta de 19 de febrero de 1782, decía en broma á José que el papa Pio, que debía hacerle una visita, le llevaria las llaves de Roma y le propondria la empresa de arrojar de Europa á los turcos. José contestó que no esperaba tal exhortacion del jefe de la Iglesia romana, sino de la emperatriz que estaba al frente de la Iglesia griega, y cuya bandera estaba siempre dispuesto á seguir, añadiendo que la corte de Berlin se esforzaba en vano en propalar rumores de trascendentales planes y en prevenir á Turquía y á Francia contra el Austria y la Rusia (6).

En Inglaterra se creia tambien por entonces en una inminente desmembracion de la Turquía (7), y se opinaba que la cuestion estribaba solo en ponerse de acuerdo acerca de la parte de botin que á cada cual corresponderia: tales eran las intenciones de José y Catalina en 1782 y 1783.

A las quejas de Catalina relativas á los continuos desórdenes que ocurrían en Crimea contestó José que estaba dispuesto á unirse á la emperatriz para hacer frente á todas las contingencias á que diesen lugar, á condicion, sin embargo, de que Catalina formulara claramente sus deseos. A consecuencia de esta contestacion publicó la emperatriz la Memoria de 10 de setiembre de 1782, en la cual se hablaba, como de cosa hecha á medida del deseo, de la guerra inminente con Turquía, se discutía la conducta que seguirían las demás potencias y se trataba, por último, de una serie de proyectos que se proponia Rusia llevar á cabo. En primer lugar se trataba en ella de la conveniencia de fundar un reino de Dacia, compuesto de la Moldavia, de la Valaquia y de la Besarabia, y con un soberano afiliado á la religion católicogriega; en segundo lugar Rusia obtendria á Otschakoff con todos los territorios comprendidos entre el Bug y el Dniester y una ó dos islas en el Archipiélago; y por último, despues del triunfo, se restableceria el Imperio griego, poniendo á su frente á Constantino. Catalina, en dicha Memoria, dejaba entrever á José la conquista de algunos puntos del Mediterráneo que eran de gran importancia para el comercio austriaco (8).

Acaso sorprenderá que no se hablase en aquel documento de la conquista de Crimea, y es sin duda que ya se consideraba efectuada: todo estaba preparado para ella de tal modo, que pocos meses despues era un hecho consumado. Besborodko y Potemkin habian manifestado en sus dictámenes cuán necesaria y cuán fácil era la empresa. Rusia habia intervenido continuamente en los sucesos ocurridos en la península del Tauro, y estaba preparada para sacar el debido fruto de su intervencion, de suerte que en setiembre de 1782 era cosa decidida la anexion de Crimea, al paso que José solo despues de realizada tuvo de ella conocimiento. No se comprende cómo Catalina pudo tan secretamente llegar al

(5) Ranke, XXXI, 103-104. Véanse allí tambien otras observaciones del rey Federico sobre la situacion. Esta distaba de ser lo que decía Federico en 14 de enero de 1782, á saber: «Nosotros, (es decir, José y Federico) disputamos sobre quién logrará tener á la Rusia á su lado: estamos en plena intriga y hemos de ver quién de los dos obtiene la victoria.» La cuestion de quién tendria la Rusia á su lado estaba definitivamente resuelta en 1782; pero Federico tenia todavia una débil esperanza en Pablo.

(6) Arneth, *José y Catalina*, 121-123.

(7) Véase la carta de lord Stormont á Harris (18 de diciembre de 1781), referente á la alianza entre Austria y Rusia, potencias que se proponian un *dismembrement of the Turkish Empire*, Harris, I, 482.

(8) Consignado ya en parte en Herrmann, VI, 461-464 y por completo en Arneth, *José y Catalina*, pág. 143.

fin de sus deseos en este punto. En posteriores cartas se habló de la lucha de los partidos en la península, entonces completamente independiente *de jure*, como de una cuestion en suspenso.

Algunas semanas transcurrieron antes de que José enviara su contestacion á la voluminosa Memoria de la emperatriz (1); retraso que tuvo por causa la erisipela que José padeció por aquellos dias. Al contestar previno á la emperatriz contra Francia y Prusia, diciendo que no dejarían de poner obstáculos á la realizacion de sus planes, asegurando que, por su parte, no opondria, como era de suponer, dificultad alguna á la conquista de Otschakoff y de algunas islas del Archipiélago y manifestando que la creacion de la Dacia y de un imperio griego dependia del éxito de la guerra. Sobre esto expresaba sus mejores deseos.

Opinábase que José pediría para el Austria la Bosnia y la Servia, pero los planes del emperador iban mas léjos, pues exigia los distritos de Moldavia y Valaquia hasta Aluta, Belgrado, Orsowa, Widdin y además el territorio del Dwina y el golfo en que este desemboca, juntamente con las islas vecinas. Los deseos de José eran crear una potencia marítima austriaca; y al pretender una parte importante de los territorios venecianos en el continente, en Istria y en Dalmacia, no hizo, en el fondo, mas que seguir el consejo que repetidas veces le habia dado Catalina de engrandecerse á costa de Italia. José II opinaba que aquellos territorios habian sido astuta y violentamente arrebatados á sus antecesores en el imperio y en el trono de Austria, en los momentos en que esta nacion se encontraba debilitada; que al recobrarlos de los venecianos no hacia mas que tomar lo que era suyo; y que, realizada con buen éxito la empresa turca, podria dejarse á la República limitada á sus antiguas posesiones de Morea, Candia y Chipre.

Eran estos proyectos muy trascendentales: repartíanse y permutábanse comarcas y súbditos, del mismo modo que se habia intentado hacerlo en el proyecto de permuta de Baviera y como se hizo despues en el Congreso de Viena.

Catalina tambien se tomó algun tiempo para discutir las pretensiones de José, preparando, mientras se cruzaban algunas cartas, la contestacion que envió por último con fecha 4 de enero de 1783. En ella, muy léjos de acceder á los deseos de José, manifestó enérgicamente contraria á una anexion de los territorios venecianos llevada á cabo por el Austria; porque esta anexion en gran parte habia de depender de la conformidad de la República con los planes de ambas cortes. Tampoco consentia la emperatriz en que el imperio griego que habia de formarse se debilitara con la segregacion de la Morea y de algunas islas del Archipiélago. Por lo demás, se decía dispuesta á conceder al emperador todas las ventajas que fueran posibles.

José se indignó, y escribió á Kaunitz, que se veía claramente que la emperatriz queria abusar de su condescendencia, pero que pronto se convenceria de que no se dejaba él engañar tan fácilmente. En efecto, la contestacion que redactó estaba escrita en frases tan duras, que Kaunitz creyó deber disuadirle de que la enviara, pues con una misiva de tal clase podian recibir un golpe mortal las relaciones con la emperatriz. El documento fué, pues, redactado en otros términos; pero aun así, era muy propio para contrariar los planes de la emperatriz. José insistia principalmente en que la obligacion por él contraida se referia tan solo al caso de que la conducta de los turcos obligase á la emperatriz á declararles la guerra, lo cual no sucedia enton-

(1) Consignada ya en parte en Herrmann, VI, 461-464 y por completo en Arneth, pág. 169.

ces, y añadía que en un año se habian disminuido mucho las esperanzas de triunfo, y las circunstancias habian variado por completo.

De esta suerte renunció José, por el momento, á sus planes de reparticion, diciendo que Turquía habia cedido en algunos puntos y que por lo tanto era innecesaria la guerra (2).

Catalina se mostró de nuevo descontenta, pues no habia perdido su aficion guerrera y además opinaba que una sumision momentánea de la Puerta nada significaba, pues la experiencia demostraba cuán poco habia que fiar en tales promesas. Manifestóse sumamente sorprendida del repentino cambio que habian sufrido las opiniones de José, diciendo que siempre habia creído que el emperador llevaria á cabo el plan proyectado, plan vasto, ventajoso y digno de un César, y añadiendo que en un momento habia visto destruidas todas sus esperanzas (3).

José comprendió, por los términos en que estaba redactada la carta de Catalina, toda la cólera de la emperatriz, y llamó sobre ella la atencion de Kaunitz; pero no volvió á entusiasmarse por el plan de reparticion, de suerte que Catalina tuvo que proceder sola contra Turquía.

No en vano habia abrigado Federico la esperanza de que en cuanto se tratara de la reparticion de Turquía, seria imposible poner de acuerdo los intereses de Austria y de Rusia, convencido como estaba de que la proyectada conquista del imperio otomano habia de dividir á las dos potencias, porque á los austriacos convendria mas tener por vecina á una nacion débil como Turquía, que á una potencia temible como la Rusia (4).

Catalina, desde el momento en que hubo de renunciar al auxilio del Austria, cambió la regla de conducta que en su gran empresa hasta entonces habia seguido.

#### Adquisicion de Crimea

En 1552, los tártaros de Kasan, oprimidos por la tiranía del Khan Shig-Alí, se vieron obligados á demandar auxilio al Czar Ivan IV, el cual consiguió la destitucion del Khan, estableciéndose en Kasan un gobernador de Moscou, y convirtiéndose, de esta suerte, aquel Khanato en una provincia rusa.

Lo propio sucedió en Crimea, en 1783: existia allí un partido ruso que Potemkin procuró proteger, y cuya importancia quiso aumentar, y al fin se consiguió que sus adeptos dirigiesen una súplica á la emperatriz, en la cual manifestaban el deseo de que la Crimea fuese anexionada á Rusia.

El interés de Rusia exigia la conversion de la península en provincia rusa como medida defensiva. Los tártaros, como pueblo merodeador, eran peligrosos vecinos; de modo que las fronteras meridionales del imperio estaban constantemente amenazadas de un grave peligro. Era, pues, preciso someter ó expulsar á todos los pueblos del Sur para la seguridad de las fronteras del imperio; además de que la tendencia de avanzar hasta la costa era, desde hacia siglos, tradicional en la política de Rusia.

La independencia de Crimea duró muy pocos años, durante los cuales encendiése dura lucha entre los partidos. A la dominacion del Khan Sahib-Girei, favorable á los intereses de Rusia, siguió la del candidato turco Dewlet-Girei, y

(2) Arneth, 188-196.

(3) Arneth, 191-193.

(4) Zinkeisen, VI, 306. Tambien escribió Catalina á Rumjanzoff, diciéndole que no queria tener por vecina al Austria. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 29.

habiendo el primero solicitado el auxilio de Rusia, se presentó en Crimea Ssuworoff para restablecer, por medio de las armas, en su antiguo puesto al destituido Sahib-Girei. Cuando, al poco tiempo, fué proclamado Khan el verdadero discípulo de Rusia, Schagin-Girei, que había residido largo tiempo en aquel imperio y se había adaptado á las costumbres europeas, tuvo que luchar incesantemente contra la influencia de los turcos, que presentaban un candidato rival. Schagin fué arrojado del poder y luego restablecido en él con el auxilio de los rusos; y esta vez fué el general Ssamoiloff quien le repuso en la posesion de sus Estados. Sus adversarios fueron perseguidos, y el gobierno ruso concentró cada vez mayores fuerzas en Crimea. En abril de 1783, presentóse Potemkin en Cherson, á fin de dictar las órdenes oportunas para la conquista de Crimea que había resuelto hacer Cata-

lina; negoció con Schagin-Girei y con los caudillos de los pueblos del Kuban, y se llegó pronto á un acuerdo, en virtud del cual el último Khan de Crimea se comprometió á ceder su comarca á los rusos mediante el pago de una pensión anual. Estos acontecimientos se parecían sobre manera á los que, en parte, habían ya acaecido y en parte debían todavía acaecer á fines del reinado de Catalina (1).

Un gran número de rescriptos y de cartas autógrafas de la emperatriz, fechadas en aquel tiempo, nos demuestran la parte personal que Catalina tomó en los acontecimientos. Su correspondencia con Potemkin era en extremo animada (2). Catalina se preparaba sin descanso para la lucha contra los turcos, y cuando Potemkin le participó que estos habían destruido la fortaleza de Otschakoff escribió: «¿Cómo puede esa miserable aldea levantar su nariz mas alto que el coloso



Retrato de Potemkin, en el anverso de la medalla conmemorativa del viaje de Catalina á Tauria. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado, J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de A. Lütke

de Cherson (3)» Ya, á fines de 1782 observaba Catalina en una lacónica carta que dirigió á Potemkin, que debía aprovecharse la ocasion para intentar algo y ocupar el puerto de

(1) Véanse las Memorias del general Ssamoiloff que tomó parte en aquellos sucesos. (*Archivo ruso*, 1867, 1208-1225). Recientemente se ha tenido noticia de la participacion que en él tuvo Besborodko. Véase su biografía, debida á Gregorowitz, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVI, 91-95. Un gran número de documentos referentes á la conquista se encuentran en Zinkeisen, VI, 907-934. Los rumores de un pretendido derramamiento de sangre que Potemkin hubo de ordenar, se encuentran en una porcion de obras, por mas que estén muy débilmente probados. Véanse, por ejemplo, Herrmann, VI, 61; Blum, II, 475; Bernhardi, II, 2, 285. Siguiendo los deseos de la emperatriz, el último Khan de Crimea, Schagin Girei, trasladó su residencia á Rusia; véase la carta de Catalina á Potemkin y al mismo Khan, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 286-287. Schagin fué conducido á Kaluga (idem, pág. 293). Respecto de su paso por Woronesh, véanse las *Memorias* de Bolotoff, IV, 77-85. Schagin hubo de sufrir los efectos de la brutalidad y de la mala fe de Potemkin. Respecto de su última suerte, véase Zinkeisen, VI, 630-631, conforme con el despacho de Diez. En 1786 fué ejecutado en Rodas.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 207.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 217.

Achtiar (4), que era la célebre bahía de Sebastopol. Entre tanto, excitaba á que se procediera activamente, pensando ver desde luego realizada por completo la anexion de Crimea, si bien no pudo llevarse definitivamente á cabo hasta muy entrado el verano (5). Entonces se ocupó en redactar la inscripcion para la medalla conmemorativa de la ocupacion de Crimea (6).

Durante los preparativos para la accion definitiva en la península del Tauro, continuó Catalina su correspondencia con José II, notándose sin embargo que subsistia el mismo desacuerdo entre ambos sobre la reparticion de Turquía. José había escrito á la emperatriz en el mes de abril, una carta llena de pomposas frases, pero sin fondo alguno, y Catalina, al mostrársela á Potemkin, burlóse de «la charlatanería de Coblenz,» añadiendo: «Estoy resuelta á no contar con nadie y á no fiar mas que en mis propias fuerzas: cuando la torta esté cocida, todos sentirán apetito. Tengo tan poca

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 228.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, 265-269.

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, 290-291.

confianza en mis aliados como poco temor al trueno, ó por mejor decir, al relámpago de los franceses (1).»

En 7 de abril de 1783, escribió al emperador diciéndole que las intrigas de la Puerta la obligaban á proceder con energía y á emprender una guerra, pero que, si estallaba, no se sentía dispuesta á solicitar de la monarquía austriaca sacrificio alguno en pro de las pretensiones de Rusia, pues los medios de que disponia Rusia eran suficientes para hacer entrar en razon á la Puerta. Al terminar la carta, manifestaba, sin embargo, en términos halagüeños para el emperador, la esperanza de que José no permanecería completamente ajeno á la lucha (2).

Pronto recibió José la noticia de la toma de posesion de Crimea, noticia que se vió confirmada por una carta particular de la emperatriz.

José nada tenia que oponer á aquel acontecimiento, antes veía con gusto cuanto podia debilitar la importancia de Turquía, pues si los turcos eran derrotados en el mar Negro por la escuadra rusa, tanto menos debía temer de ellos la monarquía austriaca, y si Rusia conseguia alguna ventaja sobre la Puerta, tanto mas probable era que, tarde ó temprano, pudiese el Austria engrandecerse de una manera análoga. El lazo que había unido á ambas cortes imperiales se estrechaba mas y mas con la perspectiva de tales conquistas. Repetidas veces dió la emperatriz las gracias al emperador por la conducta que había observado con motivo de la anexion de Crimea y le prometió ayudar á la monarquía austriaca en la consecucion de análogas ventajas, esperando solo una ocasion favorable para mostrarle su reconocimiento. José no dejó de agradecer, á su vez, tales disposi-



Reverso de la medalla conmemorativa del viaje á Tauria, con la ruta del mismo. Tamaño natural. Tomada del original que posee el consejero de Estado, J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de A. Lütke.

ciones, y manifestó la esperanza de que, tarde ó temprano, podria exigir de la emperatriz el cumplimiento de su palabra. De un billete autógrafo dirigido á Kaunitz, se deduce que José creia que la emperatriz queria ayudarle en la conquista de Moldavia y Valaquia (3). Los esfuerzos que hizo Catalina para prestar su ayuda al proyecto de permuta de Baviera y á la lucha del Escalda, demuestran que la emperatriz se creia realmente obligada para con el emperador.

La conquista de Crimea fué de gran trascendencia para la situacion política de Rusia. El hermano de José, Leopoldo de Toscana, decia entonces que Rusia dominaria en el mar Negro y el Caspio, desde donde podria constantemente amenazar á Constantinopla (4). Setenta años despues, se intentó arrebatar á Rusia esta conquista, pero la tentativa

(1) Esta carta lacónica ha sido reproducida muchas veces: *Russkaja Starina*, XIV, 33-34. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 252-253. «Quand le gâteau sera cuit, chacun prendra de l'appetit.»

(2) Arneth, 195-199.

(3) Arneth, 206.

(4) «La (á la emperatriz) hará dueño de Constantinopla cuando quiera.» Ranke XXXI, 115.

no tuvo éxito alguno. El triunfo conseguido por el gobierno de Catalina fué inmenso. Cuéntase que la emperatriz dijo que había llegado á Rusia sin dote alguno, pero que se lo había conquistado con la Tauride y la Polonia (5). En su carta á Grimm hablaba con satisfaccion de aquellos acontecimientos, añadiendo que no estaba acostumbrada á consentir que nadie bailase sobre sus narices (6) y que por esto se había visto obligada á poner fin á las intrigas de la Puerta en Crimea. Con gran precision refiere los detalles del suceso y saliendo en cierto modo á la defensa de sus actos, sostiene la necesidad en que se encontraba de proceder con energía. Por último se lamentaba de que d'Alembert—que falleció en octubre de 1783—no hubiese aprobado su proceder y de que no hubiese oido á las dos partes para dictar luego sentencia (7).

No le era indiferente el fallo de la Europa occidental;

(5) Masson, *Memorias secretas sobre Rusia*, I, 49.

(6) «Ya sabeis que nunca un alemán ha sufrido tal cosa y que su nariz es lo que mas cuida en el mundo.»

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 277, 287, 308.